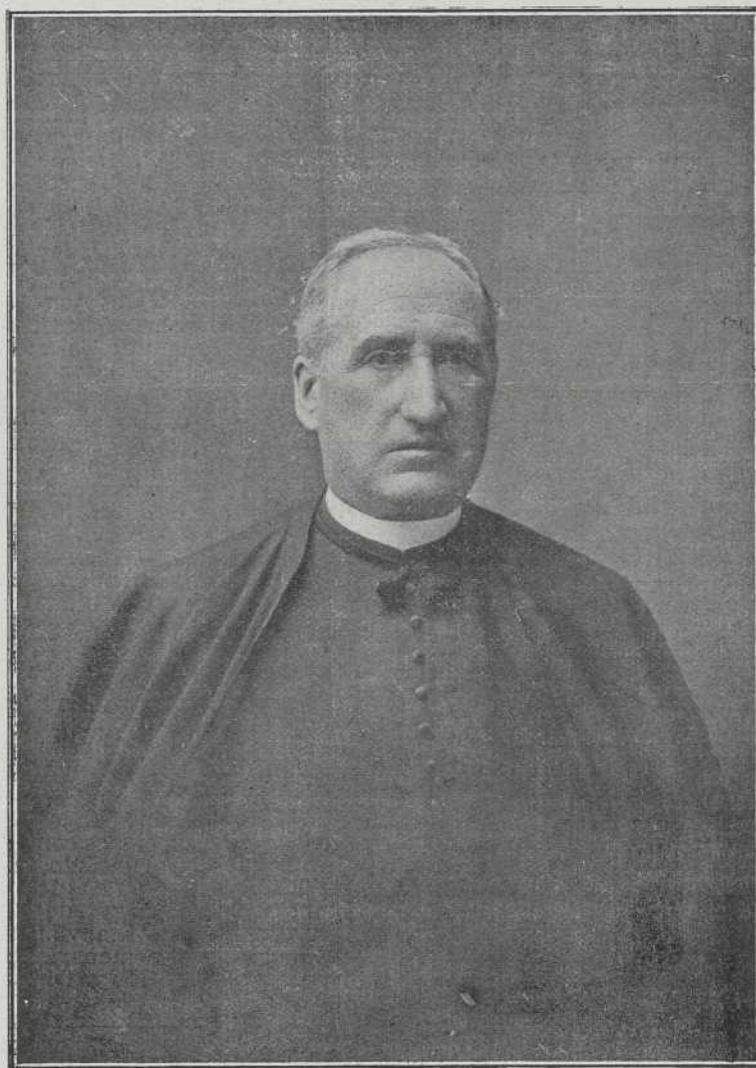


13681

Homenaje de la Prensa orensana a D. Marcelo Macías



MARCELO MACÍAS

Así extendía Cicerón la mano
y al torvo Catilina apostrofaba.
Con una voz como esa declamaba
sus broncíneos exámetros Lucano.

— No tuvo nunca el orador romano
la flamígera frase más esclava,
ni se cernió más alta, libre y brava,
la brava inspiración del vate hispano. —

Todo es latino en él: el grueso cuello,
el ancho cráneo, el hispido cabello,
la sutil majestad con que dialoga,

el recio gesto, la actitud erguida
y la enorme alegría de su vida...
¡Y hasta el manteo, que sobre él es togal

Antonio Rey Soto

Orense, Enero 20 de 1917.

NUESTRA OFRENDA

Cuando llega la hora de enaltecer los prestigios de nuestra tierra y brillantar las glorias que la honran, es de nobleza e hidalguía que se junten cuantos, por cima de las pasiones y de las luchas, sienten muy hondo el santo amor a la tierra querida.

Ante la grandeza y la justicia del homenaje a nuestro D. Marcelo Macías, felizmente organizado por el Ateneo, la prensa orensana se une para ofrendarle estas páginas de admiración y de cariño.

Plumas más autorizadas que las que redactan las hojas diarias que en Orense se publican se han brindado a labrar, en primorosas cuartillas, el soberbio marco que requiere la figura inmensa del virtuoso sacerdote, del elocuente orador, del sabio catedrático, del eminente polígrafo.

Y humilde, pero fervorosamente, hecha nuestra ofrenda, siga el lector adelante.

LA REGIÓN EL DIARIO DE ORENSE LA VOZ PÚBLICA

En Orense a 20 de Enero del año 1917.

Notas biográficas

Nació D. Marcelo en Astorga el año 1843, y fueron sus padres D. Esteban Macías Pérez de Ron y D.^a Obdulia García Garrido.

De 1852 a 1868 cursó en el Seminario Conciliar de Astorga cuatro años de Latinidad y Humanidades, tres Filosofía, siete de Teología y dos de Cánones, habiendo obtenido desde el tercero de Filosofía hasta el segundo de Cánones la nota de *Meritissimus*.

En 1863 ganó por oposición el grado de Bachiller *ad premium* en Sagrada Teología.

En 1866 fué promovido al Presbiterado con dispensa de la Santa Sede *ratione ætatis*.

En el mismo año fué nombrado Director espiritual de dicho Seminario y en 1868 Catedrático de Filosofía.

Desempeñó la cura de almas al frente de sendas parroquias de las diócesis de Astorga y Badajóz.

En la Universidad Central cursó la carrera de Filosofía y Letras en la cual obtuvo el grado de Doctor con la calificación de Sobresaliente.

En 1882 fué nombrado, en virtud de oposición, Catedrático de Retórica y Poética del Instituto de Jovellanos de Gijón de donde se trasladó por concurso al de Orense.

En 1893 fué nombrado Director de este Instituto, cargo que desempeñó varios años, como también el de Director de la Escuela provincial de Artes y Oficios.

Fué nombrado en 1901, Catedrático de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad de Santiago, Cátedra que renunció.

Se halla en posesión de los siguientes títulos y condecoraciones:

Hijo adoptivo de la provincia de Orense; Individuo de número de la Real Academia Gallega; Vicepresidente de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de Orense, de cuyo *Boletín* fué fundador.

Cronista de la ciudad de Astorga.

Capellán de Honor honorario y Predicador de S. M.

Individuo correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

Agraciado con Merced del Hábito de Calatrava, con la Cruz blanca del Mérito Militar y Comendador de la Orden de Cristo de Portugal.

OBRAS QUE PUBLICÓ

Literatura preceptiva, Poetas religiosos inéditos del siglo XVI, De Galicia, Epístola de Horacio a los Pisones, Epigrafiya Romana de la ciudad de Astorga, Civitas Limicorum, Crónica de Idacio, Colección de modelos literarios y Juan Lorenzo de Segura y el Poema de Alexandre.

DISCURSOS SUELTOS

Panegíricos de Santa Marta, patrona de Astorga; el de San Agustín, pronunciado en la Basílica de El Escorial, San Rosendo y Anunciación.

Discursos acerca del Poder temporal de los Papas; El ideal artístico en sus relaciones con el sentimiento religioso y los pronunciados como mantenedor de los juegos florales de Astorga, Orense, Ponferrada y León; el del Círculo Católico de Obreros de Astorga, y la Oración fúnebre conmemorando el centenario de Nicomedes Pastor Díaz.



EFUSIVAMENTE



Todo lo que se haga en honor de Marcelo Macías, me parecerá poco, dados los merecimientos de este hombre que se asemeja a una moneda antigua, de oro, de cuño rico, inhumada durante muchos años, que recubre una

capa de tierra, y en la cual, aun después de sacada a luz, no paran mientes los que pasan ante la cristalera donde se exhibe.

Los que conocemos de siempre a Marcelo Macías, sabemos la ley de su oro, el interés de

sus inscripciones, el peso y precio de su metal; pero así como hay gente tasada más alto de lo que le corresponde, otra (sin que ello sea obra de malicia ni de intención aviesa) se ha visto constantemente situada por bajo de su verdadera valía, y ha trabajado y realizado obra constante y digna de admiración, sin que nunca el estruendo de la publicidad proclame su nombre y lo haga sonar en la trompetería de la prensa atronadora.

Así la fama de Marcelo ha parecido solamente discreto reflejo de la opinión favorabilísima que de él tienen los que llegaron a conocerle de cerca. Si se habla de él, los elogios, digámoslo en honor de la gente imparcial, fluyen con tal abundancia, que bastaría transcribirlos para reunir los materiales de un homenaje brillantísimo y completo. No hay sabio que no le ensalce y respete, no hay gallego que no se ufane de llamarle paisano adoptivo; y el excelso orador, el eminente arqueólogo, el docto epigrafista y el erudito comentador de viejos papeles y de documentos literarios se han ganado una notoriedad sin estrépito, y se ha formado una personalidad tanto más sólida,

cuanto menos debe al efímero ruido diario.

Y por eso aplaudimos con entusiasmo cordial sus amigos de antes, los que con él hemos registrado antiguos monumentos ocultos entre rocas y en fragosidades de la bella montaña de Orense.

Al pagar Galicia su deuda al gran asturicense, nos parece que hemos cumplido una obligación sagrada, en peligro de olvidarse. No es a Marcelo Macías; es a un acreedor al que satisfacemos, bien modestamente, y dejando parte del pago en suspenso, con ánimo de saldar la cuenta, si quiere Dios, en hora oportuna... Si no pagásemos, seríamos reos de ingratitud y de injusticia.

Ya que la mitra no ha rodeado las sienas de un predicador tan excepcional y de un sacerdote tan empapado de ciencia sagrada y profana, ciñálas esta rama de laurel que tejemos en forma de corona, y que entrelazamos con el pino de los bosques galicianos, para depositarla en la mesa donde se ha cumplido tan perseverantemente la asidua labor del insigne.....

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



JUSTO TRIBUTO



El hombre no posee ideas innatas. Por muy fáciles que sean los primeros principios especulativos y las verdades fundamentales del orden moral, necesita la inteligencia algún ejercicio personal para elaborar, por la intuición y abstracción mental, las ideas y conceptos. De unas cuantas ideas matrices surgen en progresivo desarrollo racional ulteriores conocimientos, mediante generaciones espirituales del entendimiento, usando rectamente de las energías latentes en las potencias espirituales del alma humana.

Avivar esas energías, atizar las chispas luminosas del fondo del alma es función del magisterio doctrinal, mediante el cual se eleva el niño y el joven a la categoría de hombre docto. Porque sin dejar de ser verdad que el tradicionalismo filosófico vaciado en círculo vicioso, amengua la dignidad del hombre al cual supone incapaz de descubrir por sí solo verdad alguna, a lo menos en el orden inmaterial y abstracto, esto no obstante, es indubitable que la inteligencia no flamea con los esplendores del sabio cuando le falta el auxilio del magisterio y no la dirigen las luces de la enseñanza externa.

Pero cuando aletea en los oídos del niño y sobre la frente del joven la palabra de verdad salida de labios de hombres doctos en funciones de doctores de los ignorantes, entonces el espíritu es iluminado con fulgores semianagéticos, mayormente si los esplendores de la divina revelación disipan las tinieblas y desvanecen las sombras con las enseñanzas sobre-

humanas de la fe sobrenatural en los grandes arcanos que pertenecen al orden divino, emanados del gran Maestro y Doctor del mundo, Jesucristo.

De aquí surge la deuda de gratitud que los pueblos contraen con aquellos hombres que consagran sus esfuerzos a adoctrinar a sus semejantes y elevan a los jóvenes a las cumbres diáfanas del saber, desde donde se divisan a placer los horizontes anchurosos de la verdad religiosa y científica, especulativa y práctica, divina y humana, natural y sobrenatural, racional y empírica que integran los objetos de la ciencia y de la fe.

Sentadas estas premisas ¿quién dejará de sentir admiración y gratitud hacia el venerable Sacerdote que durante diez lustros vivió para enseñar a los demás, desde el púlpito y desde la cátedra, desde el libro y la tribuna, desde el museo y la biblioteca, y formó generaciones de hombres útiles a la Iglesia y a la Patria, a la religión y a la sociedad? Ese hombre se llama D. Marcelo Macías. Ese Maestro, ese orador, ese polígrafo, ese Sacerdote, cuyas canas honran millares de discípulos y de admiradores, recibe hoy el homenaje de Orense y de Galicia, de León, de la mitad de España, en ofrenda de amor y gratitud.

Animado de estos sentimientos le ofrezco público tributo de veneración.

† EUSTAQUIO, OBISPO DE ORENSE

Enero de 1917.

* * *

En el admirable concierto de los seres naturales, entre la inmensa muchedumbre de aquellos, cuya única finalidad es recorrer la trayectoria de su egoísta existencia sin dejar tras de sí rastro alguno, resplandecen otros que, envueltos en la deslumbradora llamarada de su inagotable generosidad, desempeñan la sagrada misión de distribuir a su alrededor, al través de los negros y helados abismos del espacio, el riquísimo tesoro de su energía cósmica en rayos de calor, que doran las mieses y azucaran las sabrosas frutas, en rayos de luz, que matizan y perfuman las brillantes flores, y en rayos químicos y electromagnéticos que esparcen, a manos llenas, la actividad y la vida por todo el sistema solar, con la majestuosa y altruista largueza de los seres superiores.

También en la Humanidad se destacan entre las multitudes egoístas, anegadas en el utilitarismo y la conveniencia particular, aquellos varones ilustres admirados y respetados tanto o más por su altruismo cuanto por su genial sabiduría, que caldeados al fuego regenerador de la Ciencia, templados en el baño refrigerante de las virtudes cívicas y domésticas, pulimentados por la perseverante labor de la investigación y sin esperar nada de sus conciudadanos, van esparciendo la ejemplar enseñanza de sus descubrimientos y de sus virtudes, dejando en la tranquila superficie de su envidiable existencia una estela consoladora de simpatías y alabanzas.

Benditos los pueblos que, obedeciendo la ley ineludible de la gravitación de las almas, saben exteriorizar y perpetuar la gratitud que sienten hacia sus esclarecidos hijos.

ANTONIO GAITE



D. ANTONIO GAITE LLOVES
Presidente del Comité ejecutivo del Homenaje a D. Marcelo Macías
y Vicepresidente del Ateneo.

Me es gratisimo cooperar al homenaje que el Ateneo de Orense vá a tributar al sabio historiador, cultisimo literato y orador grandilocuente D. Marcelo Macías, honra y prez del Clero español y timbre y gloria de la intelectualidad gallega.

Hijo de esa tierra bendita en que todo es hermoso y grande, uno mi entusiasmo y mis aplausos a los de la ilustre ciudad orensana, y felicito cordialmente a los iniciadores de este legitimo y espléndido homenaje.

† MANUEL, OBISPO DE OSMA

Efemérides

Esta vez sobre los dados va una puesta mayor. La frase es de Lord Byron y resume toda una impresión.

El homenaje al maestro, merecedor de los más altos fervores, es cosa inusitada en el vivir nuestro.

Y es porque aún no sonó la hora de las justicias, que llega de ordinario cuando la muerte cierra los ojos de los que vislumbraron la gloria.

Porque la aristocracia de los espíritus, es como el fuego de las cumbres. Se descubre protegido por las tinieblas. Y cuando el día mata la claridad de las llamas, la imaginación ve resplandor de incendio, donde solamente quedan carbones ya.

No es este el caso y es la ocasión de regocijo. Con el homenaje a Marcelo Macías, honor de esta tierra, en la que nunca fué extranjero, ce-

lebramos el momento en que rejuvenecidos, empezamos a ser limpios de corazón.

RAMÓN VILLARINO DE SAÁ

* * *

Me parece muy bien el homenaje que el Ateneo tributa al sabio y virtuoso sacerdote D. Marcelo Macías, cuyos indiscutibles méritos científico-literarios son de todos bien conocidos; literato insigne, arqueólogo eminente y orador elocuentísimo, ha consagrado su vida a esclarecer y a difundir la verdad, ora en la cátedra y en el púlpito, ora en la revista y en el libro, y a enaltecer la región gallega, su segunda patria.

† VICENTE, OBISPO DE CARTAGENA



NUESTRO D. MARCELO



¿Acaso no podemos decirle nuestro, cuando nos pertenece por la estimación con que desde el primer momento nos distinguió y la lealtad sin mancha con que unió de todo corazón su vida a la de nuestro pueblo?

De los viejos límites de Galicia, y hasta pudiera decirse por aquel pedazo de tierra gallega que continúa unida a la gloriosa patria de San Dictinio, vino a unirse a la doble cátedra auriense que debía honrar como sacerdote y como maestro. Bondadoso de corazón, cayó entre nosotros, hombre sin hiel, como un servidor de los altares que ostentan la imagen de Aquel que lava los pecados de los hombres, y como un guía de las almas infantiles que el Estado puso en sus manos, para que fuese ejemplo y enseñanza viva de la bondad e inteligencia de quien recibían la diaria lección y abría ante sus ojos los secretos que encerraba.

¿Cuál de sus alumnos no le amaba por su benevolencia? ¿Cuál no echará de menos, después de haberle oído, la claridad y elocuencia del maestro? Ninguno! y en prueba de ello, véase cómo contribuyen hoy con su amor y con su presencia a honrar al que encaneció en el aula, y fué para ellos gufa segura que les franqueaba las puertas del conocimiento. Y si le dejamos en su cátedra y la ponemos a un lado ¿cómo sin gran injusticia, podrán olvidarse sus triunfos en el púlpito? Imposible! porque no solamente es en la actualidad, fué siempre un verdadero sacerdote, y un claro expositor de la doctrina católica, le vemos escogido a cada instante, por los que contando con la inagotable elocuencia de su palabra, le llaman para enaltecer desde la Cátedra del Espíritu Santo, de igual manera que los que a él se refieren por su estado y tenía por suyos, como a los que habiendo entrado ya en su eterno descanso, merecían todo recuerdo del país gallego. Cúpole a su hora, por lo tanto, la honra de pronunciar bajo las

majestuosas bóvedas de la iglesia de Celanova, el panegírico del gran Rosendo, presentándolo a su pueblo como obispo insigne y fundador de la Santa Casa, ante cuyos altares oraron y oran durante siglos los celanovenses.

No ha mucho, todavía, que hirió nuestro corazón y le oímos en Vivero con el mayor agradamiento, la oración que pronunció en honor de nuestro gran poeta y orador elocuentísimo, mi buen maestro el insigne Pastor Díaz, del cual habló D. Marcelo con el inmenso cariño que de este último esperábamos cuantos amamos la memoria de aquel grande hombre, a quien ensalzó como debía el sacerdote confundiendo en un todo, su amor hacia el poeta y hacia la tierra en que éste había nacido.

Hay que decirlo de una vez y repetirlo, pues no parece sino que al atravesar la fructífera comarca del Bierzo, que toca a un tiempo en las murallas de la vieja Astorga y la une con los ubérrimos campos de Galicia, se dijo a sí mismo—: He ahí mi isla de amor y reposo, he ahí mi lugar de descanso. Desde este momento me hallo entre mis nuevos hermanos y entre mis hijos en Cristo. No los abandonaré. Toda mi alma será para esta tierra de promisión. Bajo sus cielos crecen las mismas viñas, en sus campos resuenan los acentos de las dos lenguas que en ella se encuentran y no aciertan a separarse. Lo mismo mi alma. Nadie podrá apartarla de esta nuestra patria, toda encanto, toda amable, toda en fin, tan mía como aquella otra que no puedo olvidar, porque en ella he nacido y en ella los míos duermen su sueño de paz. ¿A cuál he de amar? Decídmelo, porque yo no sé escoger y sí abrazar con la mirada ambos campos, contemplar ambos cielos y estrechar las manos de los que allá me llaman y acá me retienen.

MANUEL MURGUÍA

Paisano de D. Marcelo Macías, amigo antiguo, compañero durante mi estancia en Galicia, con Martínez Salazar—la trinidad maragata—de trabajos para honrar la amada región, admirador de sus talentos, apasionado por oír sus discursos, en cuya forma literaria, sobre todo en armonía y cadencia, no le conozco rival, me adhiero de todo corazón al homenaje que justisimamente se le tributará en la noble y culta ciudad de Orense, en cuyo Instituto siendo el Director, me aprobaron algunas asignaturas para el grado de Bachiller.

† EL ARZOBISPO DE TARRAGONA

Quien como D. Marcelo ha sabido honrar y enaltecer a Galicia, poniendo siempre al servicio de las glorias de esta tierra las más admirables investigaciones de su ingenio, los más inspirados acentos de su palabra, los más primorosos trazos de su pluma; quien con singular generosidad quiso consagrar a Orense sus más encendidos afectos, mereciendo en recompensa que ese pueblo nobilísimo se haya sentido legítimamente orgulloso en haberle adoptado por hijo, es en justicia acreedor a que Galicia le honre y enaltezca, y es a Orense, entre los pueblos gallegos, a quien corresponde, por obligación y por derecho, llevar la bandera del entusiasmo en esta empresa de amorosa glorificación a tan ilustre y benemérito hijo suyo.

CÉSAR ABELLÁS

A Marcelo Macías en su apoteosis

Esquines, rindiendo culto a la belleza artística, ideal de la civilización helénica, explicaba en Rodas lecciones de elocuencia; y como, tras de la lectura que diera a la arenga de la Corona pronunciada por su gran rival Demóstenes, escuchábase los aplausos delirantes de sus discípulos, díjoles de esta suerte: *¡Pues, que diriais si escucháseis al mónstruo!*

Viene a mis mientes este pasaje, a propósito del merecido homenaje a mi siempre admirado e inolvidable amigo D. Marcelo Macías, en cuanto se me ofrece con su gallarda figura, como el prototipo del orador, como el Fidias de la palabra, al decir de quien decirlo podfa.

Quien, cual yo, siente el vibrar de la emoción estética ante el aticismo de la prosa de irreprochable factura artística, que tanto admirar cabe en las producciones oratorias del Maestro de Maestros, cuando de sus labios elocuentísimos fluyen las potentes imágenes y las gallardías de la frase, aquella emoción tradúcese en el estremecimiento del éxtasis.

Desde ese punto de vista de creador de la belleza artística, debe ser enfocada la silueta del orador excelso; y antójaseme, que en ninguna otra faceta de su compleja personalidad psíquica culminará más su espíritu superior, ni recibirá con más fervores las consagraciones de su altísima inspiración; ya que de Quintiliano son estas bellas palabras sobre la elocuencia, que tanto aplicar se deben al homenajeado: «Tendamos con todas las fuerzas de nuestro espíritu hacia las cumbres donde mora la majestad oratoria, don el más precioso que los Dioses inmortales hicieron a los hombres, y sin el cual todo permanecería mudo y en tinieblas y nada llegaría a la memoria de la posteridad.»

Mi aplauso fervido a la Comisión organizadora del homenaje, al inmortalizar y ungir en vida con el óleo de la admiración, al genio de la elocuencia, al eximio Macías

MANUEL LEZÓN

* * *

Desde que fui estudiante de biología y de medicina, fué para mí una obsesión la de considerar como cierta la idea de que el organismo y en particular los rasgos fisonómicos de un hombre dado, son una manifestación morfológica y energética del espíritu que a ese hombre anima, y andando el tiempo ha llegado a incrustarse ese pensamiento en mí de tal suerte, que no dudo en suscribir el dicho vulgar, de que el tipo y la cara son el espejo del alma.

Si se reflexiona unos instantes en que las vibraciones cósmicas del éter que rellena los espacios y constituye los mundos e impregna los tejidos de los seres vivos, ha debido construir por su golpeteo continuo, incesante, variado, milenario las formas de los seres animados que alegran nuestro planeta; no se puede por menos de admitir que la energía psíquica sutil pero prepotente que vibra en nuestro cerebro y corre como río de vida por nuestros nervios para excitar y nutrir nuestros músculos, tenga decisiva influencia en la morfogenia de los mismos y por lo tanto en el modelado de nuestro cuerpo y más que nada en el perfil y carácter escultórico de nuestro rostro; ya que los músculos faciales o mímicos, son los más directamente influenciados por las variantes dinámicas originadas por los procesos físico-químicos, que se realizan en nuestro cerebro, correlativos de los actos psíquicos que el hombre evidencia durante su vida. Los anatómicos todos están conformes en admitir, que el cráneo, con parecer tan duro e indeformable, es en los primeros períodos de la vida embrionaria, blandujo, y

más tardío en desarrollarse que el cerebro plegándose y amoldándose exactamente a las modalidades de forma que el cerebro despliega, obedeciendo a las leyes hereditarias, familiares, y energéticas que le van modificando, en el transcurso de la vida psíquica de la raza, de los antepasados directos y del propio individuo.

Pero si dudase de estos para mí principios evangélicos de biología; a pesar de las dichas hipótesis que de pasada me ocurren y cito, y a pesar de los hechos en que la experiencia cotidiana de los hombres me confirmó en mi modo de pensar; no podría ya dudar ni un momento más de la citada creencia, desde que tuve la dicha y el honor de conocer personalmente a mi querido compañero D. Marcelo Macías, excelso catedrático, eminente hombre de ciencia, bondadoso ciudadano, inmortal orador, orgullo del Claustro docente español, joya de nuestra literatura, maestro de nuestra arqueología patria, hijo predilecto de la nación hispana. Y es por qué Marcelo Macías, es el ejemplo más vivo y potente de lo que antes decíamos: apuesto, fornido, de buena talla, de recia constitución, bien coloreada su faz, hijo de un padre longevo, longevo y sano él a su vez, es un representante genuino de esa raza maragata que puebla la meseta leonesa, austera y férrea; bondadosa, pero tenaz; dulce, pero incommovible, que forma uno de los tipos étnicos a los que pertenece la gloria de ser la más honda raigambre del pueblo español. Corona el busto de Macías una hermosa cabeza de maestro y de luchador, de hombre de mundo y de padre de almas, de sabio y de apóstol; cuadrada, robusta; su cráneo se yergue majestuoso y

solemne, sereno y reposado sobre maciza cerviz que rememora el de las figuras heroicas e inmortales de la madre Roma, cuyo espíritu tan bien supo él interpretar; su frente alta, despejada, surcada por leves arrugas denota los mares borrascosos por los cuales bogó su alma atribulada de penas, pero que supo vencer, con un equilibrado optimismo estóico y cristiano, de hombre bueno y altruista; sus ojos dicen en el brillo que les anima y en la expresión vivaz que en ellos fulgura de la finura del intelecto de su dueño, de su mente despierta, de su dulce ironía, pues bien decía Víctor Hugo «comprenderlo todo, es perdonarlo todo», y la vida de Macías ha buceado en el seno de nuestra sociedad actual a fuer de sacerdote y de maestro y conoce por tanto las *pequeñeces de los grandes* y las *grandezas de los pequeños* y todo lo mira desde las serenas cumbres de esa hermosa catedral donde oficia su alma, orlada por un nimbo de finas y plateadas hebras, que cual haz de luminosos rayos la coronan; la que nos inspira veneración y respeto, admiración sincera y férvido cariño.

AGUSTÍN MORENO

*
* *

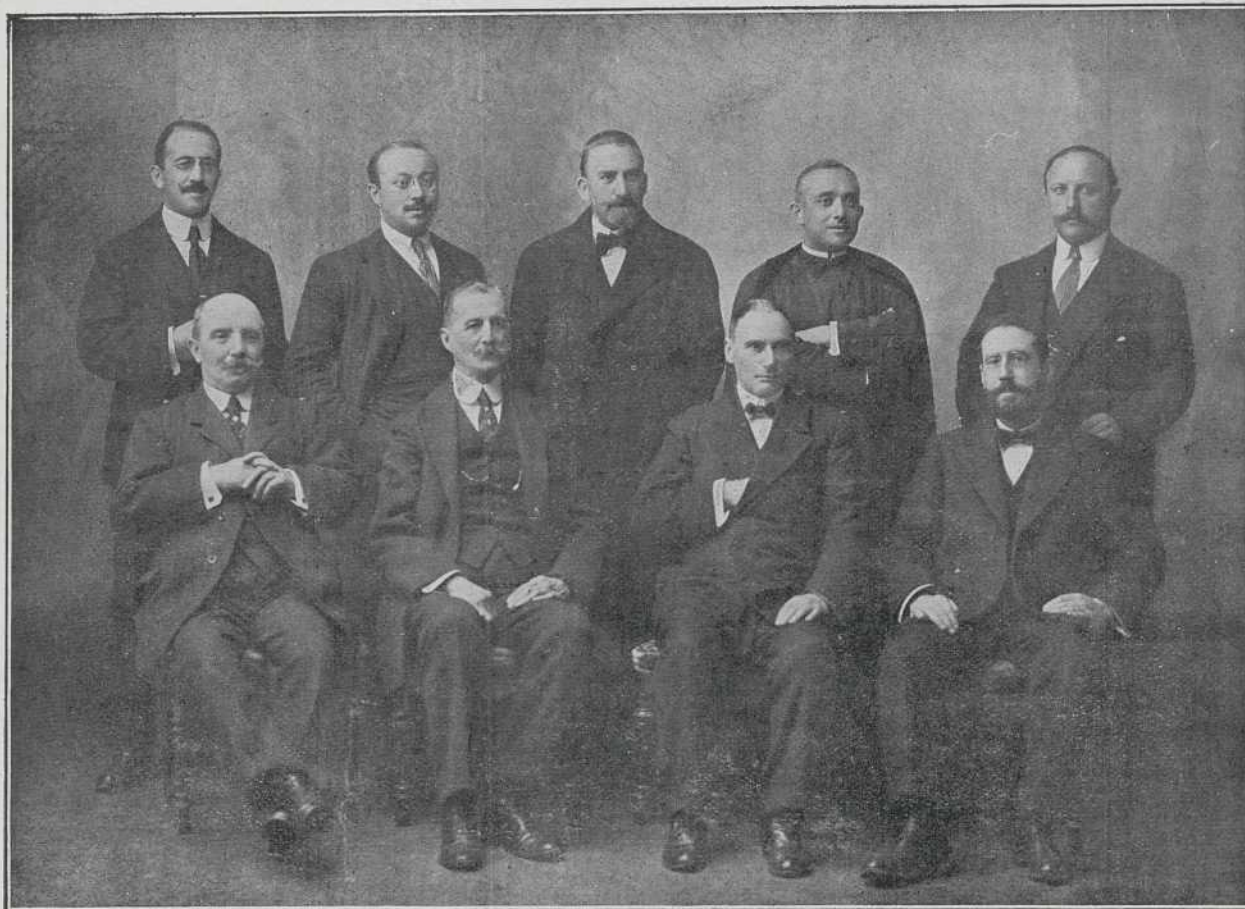
Recuerdos inolvidables, memorias dulcísimas, entusiasmo indescriptible y alegría inefable despierta en mi alma el homenaje al sabio epigrafista, al insigne literato, al orador elocuentísimo, al dignísimo catedrático, a nuestro gran D. Marcelo.

Nunca como hoy he envidiado las alas de las *ligeras golondrinas* para volar a mi inolvidable Orense y compartir con el amigo del alma y con todos mis paisanos sus regocijos, en el día destinado a enaltecer al virtuoso sacerdote, gloria del clero secular y de nuestra querida *Auriabella*.

Y es que por encima de los grandes merecimientos del sabio, los amigos de D. Marcelo admiramos en él aquellas excepcionales condiciones de modestia y bondad que le caracterizan, y por eso sentimos como propia la alegría de ver a todo un pueblo rindiéndole sincero y ferviente homenaje de cariño y respeto.

¡Bien por los orensanos que se honran honrando a Marcelo Macías! ¡Honor y gloria al sabio Maestro!

EUGENIO MARQUINA



COMISIÓN EJECUTIVA DEL HOMENAJE

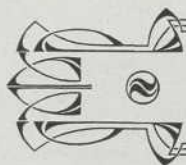
De pie (de izquierda a derecha): D. Antonio Losada Diéguez, D. José Osorio Martínez, D. Julio A. Cuevillas, D. Emilio Vázquez Pardo y D. Jesús Soria González.

Sentados: D. Manuel Cambón Fraga, D. Antonio Gaité Lloves, D. Benito Fernández Alonso y D. Emilio Amor Rolán.





D. MARCELO MACÍAS (retrato a pluma hecho por el notable dibujante D. Luis Fernández Pérez)



La mejor corona del Sr. D. Marcelo Macías



La majestad del templo sobrecoje:
la presencia del Dios tres veces santo
se adivina, se siente, está palpable
llenando de su espíritu el espacio.
Sol que brilla en un cielo esplendoroso
por miriadas de cirios constelado:
en derredor del Hostia sacrosanta
ascua de oro encendido es el sagrario,
y del incienso en la ondulante nube
los querubens presiento arrodillados.
El momento es solemne. El Sacerdote,
el Ministro de Dios, el Enviado,
en la cátedra santa anuncia al pueblo
la divina palabra: de sus lábios
brotó un áureo torrente de elocuencia
que los fieles escuchan extasiados.
De su verbo encendido los acentos
hacen surgir a su conjuro sacro
las virtudes cristianas en el alma
como joyas de antiguo relicario
que al que abrirlo logró con llave de oro
muestran su brillo oculto y no apagado.

Despiértase la Fe y engalanada
con su veste de luz ante el sagrario
se inclina reverente, y obsequiosa
ofréndale sus ojos al Amado.
Álzase la Esperanza que yacía
tal vez agonizante, y apoyando
su mano en una cruz, erguida y firme,
del que en ella murió sigue los pasos.
Abre la Caridad sus blancas alas
hechas de luz y amor, llega volando
y va a fundirse en el hogar divino
de un corazón de amores abrasado.

Con corona de oliva y rosas blancas
ceñid la sien del orador cristiano
que a Dios devuelve lo que de Él recibe
por su hermosa labor multiplicado:
mil almas que le amen y le adoren
por un alma tan solo que le ha dado.

FILOMENA DATO

Orense, 15-917.

Non lle ten dúbida. Galiza, terra falanqueira e gradescida, agarima seus hóspedes no seu tépedo lar, como se fosen fillos, e aínda mai-los gaba sen medida, cando se porcata de seus merescementos. Agora é mau de festexar un fillo adoutivo d' Ourens, qu' é tamén un veciño, cáseque un hirmau, pois sabede qu' a vella Astúrica onde nasceu foi antano cidade galega. ¿Non vos semella iso cousa d' atavismo?

Lémbrome ben dos nobres pais de voso ousequiado D. Marcelo; il, xa nonaxenáreo, mais de corpo lanzal e sen agurras no seu fresco rostro; éla fanchoeira e xeitosa; daba xenio vélos antre sua prole saa e frefrosa como na miña vida outra vin. ¿Coido eu que Noso Señor, na sua bondade infinita, demais das eternas ledicias do Ceo, non deixará d' outorgalles a de vir en espíritu à festa que lle fan á seu sábeo e vertudeiro fillo!

E abonda; que xa vou perdendo os libros e demais, iste demo de fala galega faime chorar.

ANDRÉS MARTÍNEZ SALAZAR

A Cruña.



«Dos cuartillas» me pide el Comité del homenaje.

Para producir dos hojas que se puedan injertar en la inmarcesible Corona de D. Marcelo Macías, es mi magín un árbol mocho; por eso no soberbiará pretendiendo desarrollar en cabezos y altozanos que aquella inteligencia prócer señorea; por eso se concreta a exponer llanamente la impresión que quien esto escribe tiene del medio espiritual y arcaico en que destaca, a su entender, la prestigiosa personalidad del maestro y amigo, a quien hoy se festeja y galardona.

Se ha dicho a menudo de él que evoca al patricio romano con su arrogante apostura, su firme perfil de camafeo y la severa elegancia con que lleva... fuerza es decirlo, la sotana del presbítero, aunque mejor tomárase por la toga pretesta del magistrado.

Pero aun por fuera, y sobre todo por dentro, yo más bien veo en él al hombre representativo de una época, pasada también, pero más próxima y más refinada, la que con el resurgimiento de la latinidad y el clasicismo helénico prepara el armonioso consorcio con el mundo pagano del cristiano. Encarna, en mi sentir, los entusiasmos, los ideales y los esplendores del llamado Renacimiento por antonomasia—pues en mayor o menor escala ha habido varios renacimientos—esta figura que tiene la prestancia y la fastuosidad de un Médicis, la magistral cultura y el depurado gusto de un Láscaris o de un Argyrúpulos, la amplitud y la diversidad de conocimientos de un Erasmo o un Vinci, y el casticismo y galanura de dicción que en su lengua tuvieron un Montaigne o un Amyot.

Vario en la concepción, profundo en el concepto, me lo figuro yo, tan pronto penetrando con sutil comprensión el sistema de Copérnico o la atrevida tesis de Miguel Servet, como inspirando con su facundia y humorismo algunas páginas a Rabelais, ora dictando a Maquiavelo, cuando no el *Príncipe*, pues la simulación y la perfidia no tienen en su alma cabida, los acérrimos *Discursos* o las documentadas *Historias Florentinas*, ya, con pasmosa agilidad mental, alternando bucólico en lírica *tensión* con Ventadour o Alfonso de Aragón, maestros en Gay Saber; bien, tallando en Toledo la *Transfiguración* con Berruguete para la silla de coro del Cardenal Primado. Artista y gran señor a lo Julio II o Lorenzo el Magnífico, daría una provincia, como el pródigo príncipe italiano, por una de las *Décadas* de Tito Livio; poeta y orador con San Francisco de Sales, rivalizaría en revestir de figuras y parábolas la idea metafísica; sabio y galante, podría razonar en latín con la princesa amable y bella, docta autora del *Heptameron*, la *Margarita de las Margaritas*, o departir en griego y en latín sobre literatura y cánones, con la también princesa y docta Verónica Gambara.

Si su noble emulación y su eclesiástica jerarquía pudieran ser parte a ponerle en situación

de que para él compusiera Palestrina su *Misa del Papa Marcelo*, acaso en otra condición su humilde conformidad, unida a su condición de coleccionista, hubieranle insinuado la aberración de añascar medallas y monedas en el taller donde, con rara perfección, Cellini cincelaba y troquelaba; si su fantasía y humor aventurero le impulsaban tal vez a descubrir los mares con Gama y con Balboa, o a conquistar los continentes y las islas con Pizarro y Legazpi; su ponderación y su amor al estudio inclinarianle quizás, como a los Aldos y Elzevirios, a la conquista pacífica del mundo con los veinticuatro soldados de plomo de Gutenberg.

Y es que en su espíritu multiforme, universal y proteico, las múltiples y complejas aptitudes se suceden, confunden y contraponen, como los vestigios de sucesivas escrituras en un palimpsesto.

EDUARDO DEL PALACIO



Yo soy el que un día, haciendo de mi espíritu senda de la caravana de los recuerdos, he cumplido la ley de la lealtad, y me he dado la honra de ser agradecido y de mostrar a los presentes tiempos, que puede un hombre padecer el mal de vivir yermo, y celebrar, sin embargo, la fecundidad de la semilla.

Yo soy el que, uniendo el siempre vecino porvenir y la lejanía de un pasado que fué ánfora donde el Sabio vertió para mí las enseñanzas ilustres, truco perennemente mi espíritu en lecho nupcial de lo que el Sabio me dictó y el ansia en que se funde mi cerebro, eterno soñador de una prole de ideas luminosas e ideales gloriosos.

Y yo soy el que, nuevo enano de la venta por la grandeza de lo que decía, he querido deshojar la admiración en las gradas del único trono que en la tierra me infunde respeto, que es aquel donde se sientan los hombres cuyo espíritu, como joya en la cual las letras son engarzadas con el oro de la virtud, fulge soberano, para iluminar ante las inteligencias la miseria de toda cosa que no sea lo único que hace al hombre verdadera imagen de Dios, porque es creadora: el Genio.

ANTONIO VALCÁRCEL

(Juan de Galicia)



Los pueblos, como los individuos, registran en su vida instantes de pesadumbre agobiadora y momentos de sano orgullo, a veces tan hondo y tan legítimo, que anchamente compensa las amargas sufridas. Así Astorga, cuna de sabios y de santos, cuando comienza a revivir del estupor en que la hundieron sus adversidades pretéritas, encuentra en el homenaje a su eximio hijo Marcelo Macías un gozo inefable, un bálsamo consolador de rancias heridas, la sonriente satisfacción que alienta en la consagración del vástago ilustre de su amantísimo solar.

El último de los astorganos en ascendiente social, pero de los primeros en filial cariño hacia la matrona augusta, envía hoy al esclarecido Marcelo Macías un estrecho abrazo de parte de la vieja urbe asturicense, madre dilectísima que cuenta como propios los triunfos de sus hijos preclaros, regazo amoroso en donde por igual se acogen la excelsitud y la insignificancia: Marcelo y este pobre cantor de sus talentos.

SANTIAGO ALONSO GARROTE

**

No creo que haya homenaje más merecido que el que vamos a tributar los orosanos al orador excelso y literato eximio.

D. Marcelo más que el maestro insigne, es el genio que puso luminarias a nuestro vivir. Nadie como él para trazarnos la ruta. Ninguno tampoco para cantar nuestras pasadas fastuosidades con decir tan soberano. Cuando el sepulcro se lo trague—y ojalá tarde mucho—no habrá gallego que no haga de su tumba un altar.

BASILIO ALVAREZ



Entre los contados maestros de mi juventud que han conseguido o merecido sustraerse al olvido donde van yaciendo los pasados pedazos muertos de nuestro espíritu, recuerdo, y espero recordaré siempre con las mismas tintas frescas de las fuertes y emotivas percepciones de muchacho ávido de conquistar su yo, la figura clásicamente elegante, radiantemente simpática y sugestionadora de mi profesor de Retórica y Poética, D. Marcelo Macías y García. ¡Cómo olvidar al maestro de aquella clase en la cual se inició mi personalidad, surgiendo del montón de los Lázarus escolares sepultos en la letra del texto que mata, al influjo del espíritu vivificador de la palabra educadora?

Discípulo ayer, Profesor hoy, y de Pedagogía, soy tributario de mi antiguo catedrático y comentador de la Epístola de Horacio, y al ejemplo de D. Marcelo Macías, *qui miscuit utile dulci*, debo seguramente el difícil arte de embargar la atención del alumno, logrando, con la alegre sumisión del discípulo, la eficacia de la labor educativa que forja las facultades psíquicas y redime al hombre de la esclavitud y el cautiverio de su predominante animalidad original.

**

Galicia está en el caso de rendir homenaje de gratitud y admiración a dos astorganos que han dedicado una larga existencia de abnegada, de ingrata, de árdua labor emprendida y proseguida con benedictina perseverancia al estudio de las cosas gallegas: Marcelo Macías y Andrés Martínez Salazar.

Intentamos satisfacer ahora parte de la deuda contraída con el primero. A Macías, arqueólogo y numismático entre las polivalencias de su talento, tal vez ninguna otra forma de homenaje le pudiera satisfacer tanto como esas medallas acuñadas para hacer perdurar, así el recuerdo de sus obras, como la consideración consciente de ellas por cuantos le admiramos y agradecemos, como discípulos, unos, como gallegos, otros, o como españoles, todos, su labor investigadora y divulgadora, consagrada al enaltecimiento de la región gallega.

Sean esas medallas arras simbólicas de sus desposorios con Galicia.

Y este homenaje, precursor de otros debidos, y muestra de un propósito de rectificación en nuestra apática conducta para con aquellos varones que, sobreponiéndose a las miserias de una masa social que se ha dejado corromper disociándose de toda ética vivificante, han sabido señalar a su vivir rutas ideales y han propuesto a sus empresas fines elevados y ennoblecedores, ejemplarizándonos, y abriendo a nuestra patria chica un lugar preeminente dentro de la patria grande que debe ser siempre el supremo denominador de todos los valores nacionales.

EMILIO AMOR

MARAGATERIAS

Castellano,
 hoy que, afanoso y ufano,
 te ofrece Orense un laurel,
 en gracia al solar paisano
 voy a tomar, mano a mano,
 una revancha cruel.

En tus tierras,
 por ciudades y por sierras
 aun corre cierta opinión
 con que nos hacen cosquillas
 los que son de ambas Castillas
 o León.

Los gallegos,
 lo mismo sabios que legos,
 proletarios o señores,
 es cosa ya descontada
 que al llegar a Ponferrada
 todos somos segadores.

La creencia
 va de Toledo a Palencia,
 de Logroño al Escorial,
 mas, repítanla mil ecos,
 para mí un hombre de zuecos
 vale como un general.

Sin embargo,
 hay quien se paga del cargo
 y de su aspecto exterior,
 y lamenta la injusticia
 de que al salir de Galicia
 le tomen por aguador.

Pero al grano.
 Allá en el confín lejano
 de feliz etapa histórica,
 supe con asombro un día
 que de Astorga aquí venía
 el profesor de Retórica.

Don Marcelo,
 no era yo más que un chícuelo,
 y lo digo sin recato,
 cuando a tu cátedra fui,
 de veras, verte creí
 vestido de maragato.

Necio error
 juzgar así a un profesor,
 pero yo y mis camaradas
 pensamos, listos y topos,
 que en vez de endilgarnos tropos
 repartiésemos mantecadas.

¡Es un cural,
 ante tu noble figura

exclamó algún compañero;
 mas se llegó a murmurar
 si bajo el traje talar
 llevabas calzón de arriero....

Fué tu clase
 muy pronto sólida base
 del buen gusto literario,
 y la hallé de tal sabor
 que iba allí mucho mejor
 que a una función de escenario.

Porque enseñas
 con trazas tan halagüeñas
 que haces el curso ideal.
 No sé como en tus doctrinas
 chistes y sátiras finas
 adobas con tanta sal.

Ese lema
útile et dulce, es sistema
 que desasna al más rehacio.
 Yo al escuchar tus lecciones
 pensé en muchas ocasiones
 que las explicaba Horacio.

La oratoría
 cumbres de honor y de gloria
 luego te dió por dosel,
 que es brillante tu palabra,
 y pura como una labra
 de cincel.

En el día,
 absorto en la epigrafía,
 ilustras la antigüedad,
 y, astro en la ciencia y el arte,
 a un pueblo ves ofrendarte
 prendas de inmortalidad....

Desde ahora,
 por medida previsora,
 cuando encuentre hacia Castilla
 a un hombre de anchos calzones,
 rojo peto con botones,
 polainas y chaquetilla,
 no me fio
 de lo que parezca el tío,
 y aunque me dé el gran camelo,
 a pesar de su pelaje,
 ¡yo le largo un homenaje
 por si es otro Don Marcelo!

ENRIQUE CANTÓN



Anverso y reverso de la hermosa medalla modelada por el genial escultor gallego D. Francisco Asorey y acuñada por el notable grabador y medallista D. Eduardo Ausió, de Barcelona.

Ese gran bronce que hoy ves, lector, difundirse entre millares de manos españolas, ten por cierto que es desde todos los aspectos una medalla gallega.

Nuestra, porque en su anverso se esculpe gallarda la figura de un orensano ilustre, oriundo por línea materna de la florida ribera valdeorresa y prohijado por nuestro pueblo antes que por nuestras Corporaciones populares. Nuestra, porque, con haberse hecho nacional este homenaje, Orense en pleno cubrió las listas de suscripción, y Galicia, con los próceres de sus letras al frente, disputó victoriosa a las otras regiones el honor de poseerla. Nuestra, porque Asorey, un escultor regional de estirpe de grandes artistas, brindóse presuroso a modelarla, y hoy nos sentimos orgullosos de su obra. Nuestra, en fin, porque su amor patriótico le dió osadía para llevar al reverso un insigne emblema de nuestra tierra, culminación de nuestra historia y de nuestro arte, el prodigio del *Pórtico de la Gloria*, «que una sola región posee para envidia de las demás», de la gloria cuyas puertas abre Galicia generosa y agradecida a Marcelo Macías, en premio de una vida austera y una labor fecunda.

Ahí tienes su significación. Y advierte cómo esa imagen colosal del reverso, tan sencilla, tan gentil, señala con majestad a la archivolta diciendo que la gloria está en lo alto, donde los ancianos del Apocalipsis tañen sus salterios. No te disonará en el conjunto el transparente ceñido de sus paños, dignos del cincel de Scopas y Peonios; antes habrás tenido por feliz asimilación del arte del maestro Mateo la elegancia de los mil pliegues y espirales de su ropaje. Dime con franqueza si su figura no parece hermana de las constreñidas estatuas columnarias de nuestros pórticos y de los alargados apóstoles de nuestros esmaltes. De fijo te equivocarías si la midieses con el módulo de diez

cabezas de Leonardo de Vinci. Recuerda, lector instruído, que los imagineros de los siglos de fe miraron con cierto desdén la pequeñez de la naturaleza; y no se te antojará peregrino que quisiesen desdeñarla aquellos benditos varones que, esculpiendo y esmaltando, enseñaban al pueblo los eternos ideales, ni aquellos linajudos monjes que, al canon de veinte cabezas, policromaron en vitela primorosas miniaturas bizantinas de donde salieron los modelos de nuestra estupenda escultura monumental, si piensas que el gran coloso del Renacimiento al cincelar la maravilla de su Moisés, aún a despecho de su acentuación anatómica, subió por encima de la realidad estirando enormemente sus miembros, y tras él una constelación de cultivadores del arte idealista.

Pues por haber servido el ideal durante su vida, va hoy triunfalmente a los bronces Marcelo Macías. ¡Y qué noble envidia da pensar que haya tenido tiempo para ser educador de juventudes durante cuarenta años y propulsor eminente de tantas disciplinas enriqueciendo el tesoro de las letras regionales, y que después de una larga vida de trabajo y hombría de bien, pueda decir con la sencillez de los grandes hombres y la sonrisa de las almas de Dios, sonrisa y sencillez que le asisten siempre y hacen que le sigan encantados los niños y los hombres, que no se acuerda de haber hecho daño a nadie! ¡Así fué de fecunda su actuación y así logró aglutinar en torno suyo gentes de tan varia formación mental!

Desde ahora será su vida un alto ejemplo que imitar; y su medalla podrá ser figura representativa de un ideal que necesita muchos fieles entre nosotros, del ideal de concordia entre los hombres de letras para realizar los futuros destinos regionales.

M. MARTÍNEZ SUEIRO



SUUM CUIQUE



Amante de los suyos y respetuoso con los ajenos; carácter bien templado y proverbialmente cortés; amigo consecuente y gran cumplidor de sus deberes. Sus sentimientos se hallan tan alejados de lo vulgar, cuanto su vida del vicio, y su buen corazón y el deseo de no causar enojo, ponen su alma en tortura en no pocas ocasiones.

Conversación amena, ilustre, significativa, que siempre deleita y no sacia. Alaba con gentileza y la burla se soporta como forma de ser honrado por él. Su bondad arraiga en un fondo de donde parten infinitas ramas siempre verdes y siempre bellas. En su lenguaje vulgar se nota la elegancia y majestad en el decir, sin que de sus labios ni de su pluma brote una palabra desconsiderada o malsonante.

En cuanto a la entidad literaria, su distinción personal y su apostura, se reflejan en sus pro-

ducciones. Poeta, escribe hermosos versos; prosista, uno de los primeros, la expresión del genio castellano inspirado en el clasicismo griego y latino. En sus obras no padece la pureza del lenguaje ni la armoniosa elegancia del estilo.

Sus libros, modelo de corrección y método, son otros tantos monumentos históricos a la vez que excelente muestra de elocución. Sin rival en la elocuencia, distinguiéndose por la riqueza de su imaginación, por la flexibilidad de su ingenio y por la habilidad de su dialéctica al unísono con Demóstenes y Cicerón.

Como epigrafista ocupa hoy su puesto al lado de Emilio Hübner y el P. Fita.

Esto es él: ahí están sus sermones, sus discursos irreprochables; sus libros de preceptiva, historiografía, arqueología, etc.

BENITO F. ALONSO

* * *

Acontece, en ocasiones, que debajo de una sotana se oculta el espíritu de la tolerancia, por obra de la fe en un Dios, que es todo misericordia, de la esperanza en los hombres que son susceptibles de arrepentimiento, de la Caridad para las flaquezas y miserias, que buscan ansiosas el perdón. Y esto ocurre cuando a las privilegiadas facultades de nacimiento se une una gran perseverancia para labrar con ellas sólida cultura y un perfecto conocimiento de las complejidades del alma humana. Por eso D. Marcelo Macías pudo ser a un tiempo ejemplar sacerdote y hombre de mundo, teólogo y literato, elocuentísimo en el púlpito y en la tribuna, historiador y arqueólogo, justo y bondadoso, modesto y afable, recto e indulgente...

Bien hace Galicia en perpetuar su memoria, que si él rehuye la notoriedad, Galicia acechaba infatigable, segura de triunfar. Allí en donde se funden en secreto maridaje el mérito y la modestia, no falta jamás la fama, que por hembra y por celosa se basta para impedir el secuestro misterioso del que posee grandes virtudes, por la más oscura y estéril de todas ellas.

AUGUSTO G. BESADA

◆ ◆ ◆

Mucho admiro en D. Marcelo Macías el acendrado amor que profesa a Galicia, su patria adoptiva, la grandilocuencia de sus discursos magistrales, sus brillantes cualidades, desde la figura elegante y el rostro de enérgicas y expresivas facciones, que parecen calcadas en las de Goethe, hasta el talento para conquistar sin

esfuerzo las simpatías de cuantos le tratan, y el arte de la conversación en el que triunfa como pocos, merced a su copiosa y variada cultura, a su chispeante ingenio con matices de elevado humorismo, y a su palabra cadenciosa y sugestiva; pero sus excepcionales dotes de maestro para amenizar la clase a la que sus alumnos van como a fiesta, para inculcar hábilmente en el corazón de los jóvenes el culto a los grandes ideales, y para producir en cuantos han escuchado sus explicaciones una impresión tan honda y singular que se recuerda con grata complacencia en las alturas de la vida, cuando se ha borrado ya la huella que en el espíritu dejan los más distinguidos maestros; su religiosa consagración al sacerdocio de la enseñanza, en el que ha puesto todas sus energías, actividades y preocupaciones, ejerciéndolo hoy con la misma puntualidad y el mismo entusiasmo que en los comienzos de su profesorado, hace cerca de cuarenta años; su labor cultural y educativa, altamente meritoria, fecunda y patriótica, llevada a cabo con tanto cariño y tan notable perseverancia; su virtud, poco frecuente, de no haber conocido las ambiciones de elevados cargos que fácilmente hubiera podido obtener en su brillante carrera eclesiástica; su vida retirada y modesta que se contenta con poco y se considera feliz, consagrándose enteramente a fomentar la cultura y difundir el ideal, y caminando por «la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido», es lo que principalmente admiro en el ejemplar sacerdote, eximio orador y esclarecido maestro.

MANUEL VIDAL

Presbítero

Santiago de Compostela, Enero de 1917.

A D. Marcelo Macías

Cuando se trató por primera vez de tan generoso y loable pensamiento, yo lo ví con honda y viva satisfacción. Nada más justo, nada más digno de almas agradecidas que la admiración y el tributo de amor a las personas que por sus méritos, sus talentos, sus virtudes han realizado algo positivo en beneficio de su patria y de sus contemporáneos.

D. Marcelo como orador es indiscutible y ha encendido con el fuego de su palabra y de su elevado pensamiento a muchas generaciones; como escritor pulcro y ático ha sabido esculpir admirables trabajos, de original estructura y de estilo erasmiano; como sabio maestro, sus lecciones fueron siempre inimitables. Si hubiera vivido en la antigua Grecia, no se hubiera sentado ceremoniosamente en una cátedra; sino que al par de Platón, paseando al frente de sus discípulos, hubiera derramado sus armoniosas cláusulas, sus divinos conceptos sobre la belleza suprasensible inmortal, a lo largo de las costas encantadas.

Pero yo le amo más como hombre. Sacerdote ejemplar, su vida es un espejo limpio de virtud sin mancha. Amigo cariñoso, siempre igual, siempre noble, jamás le he visto dominado por ninguna pasión de esas que no caben en los pechos privilegiados. He escuchado muchas

veces los latidos de su corazón y he podido apreciar la delicadeza de sus más íntimos sentimientos, de sus afectos más puros, su indulgencia, su bondad inagotable.

D. Marcelo no ha hecho, ni mucho menos, todo lo que podía y sabe hacer en la esfera de la literatura. En hartas ocasiones se lo he dicho. «El campo de nuestra historia literaria está por cultivar, apenas está roturado. Nadie como usted para prestar ese servicio a nuestros centros docentes, recogiendo la honra y el provecho que quepan en el mismo saco». Nuestro amigo me ha contestado invariablemente, escudándose tras sus años; pero en el fondo yo he creído ver algo de amargo escepticismo. Aquella desilusión que un día sorprendí en Menéndez Pelayo, cuando le increpé cariñosamente porque no terminaba la *Historia de las ideas estéticas*. ¿Quién lee hoy en España? Muchos leemos, muchos nos deleitamos con los frutos del estudio ajeno, muchos saboreamos calladamente las altas concepciones de los espíritus escogidos.

Una prueba de ello es este homenaje, que pido a Dios sea preludio de más sólida y duradera felicidad para el agasajado.

SALVADOR PADILLA

Don Marcelo Macías es la personificación de una clase de hombres que contribuyen poderosamente a la ilustración de la Patria sin pedirle, en cambio, honras ni mercedes.

Ha pasado toda su vida en una capital de provincia formando discípulos, encariñando a la juventud con el estudio, prodigando el tesoro de sus enseñanzas, sin que se le haya ocurrido que su saber y sus méritos debieran haber tenido más ancho campo donde brillar y ser recompensados. Orador de enérgica y cálida elocuencia; escritor correctísimo sin que en su estilo la pureza haya degenerado nunca en seca frialdad; profundo conocedor de nuestra historia literaria, y arqueólogo de los que evocan con alma de poeta el espíritu de las edades pasadas allí donde otros no ven más que restos inanimados sin vida ni belleza, es, en fin, un maestro de pensar claro y escribir bellamente ante el cual hay que descubrirse con respeto.

Tanto como lo que ha producido y lo que ha enseñado es de admirar en él la grandeza moral que ha sembrado en torno suyo; porque, además de sabio, ha sido generoso de lo que sabía y modesto en el modo de divulgarlo, mostrando que el bien debe hacerse sin esperanza de premio: en él no ha hecho presa esa ansia de notoriedad que hoy pone en ridículo a los que valen poco y empequeñece y turba aun a los que valen mucho.

Por sus excepcionales facultades y sus poderosos medios de expresión pudo llegar en la carrera eclesiástica a las más altas jerarquías; pero, tan incapaz de ambición como de vanagloria, una cátedra ha bastado a sus aspiraciones y en ella ha enseñado con perfecta serenidad de espíritu. Ni su acendrada fe religiosa se ha oscurecido con sombras de intolerancia, ni su natural independiente ha chocado con lo fundamental de sus creencias. Su alma, verdaderamente cristiana, parece llena de aquella hermosísima frase del apóstol Pablo: «¡Hermanos, sois llamados a la Libertad!»

Por su respeto a los fueros de la razón humana, que es para el creyente centella divina, don Marcelo Macías es hombre del tiempo en que vive, no de aquellos insensatos idólatras de lo pasado que al negar el progreso nos hacen desconfiar de la eterna justicia; pero por su amplia y bien asimilada cultura clásica, nutrida con el encanto inmortal de la belleza, es un descendiente legítimo de los grandes humanistas que son la mayor gloria del Renacimiento español.

¡Y cuán pronto se repetiría, modificada naturalmente por el carácter de nuestra época, aquella fecunda y luminosa sacudida del alma española si hubiese muchos maestros como él!

JACINTO O. PICÓN

* * *

Como ciudadano amante de la cultura y de sus maestros, entre los cuales tan principalmente destaca el P. Marcelo Macías y especialmente como redactor del *Catálogo Monumental y Artístico de la provincia de Orense*, redactado por mí bajo la sabia dirección de tan esclarecido polígrafo, me asocio con respeto, admiración y gratitud al homenaje que se rinde a uno de los talentos más sólidos, cultos y profundos de la España contemporánea.

CRISTÓBAL DE CASTRO

Don Marcelo Macías no es gallego, y, con todo, ama a Galicia como el más *enxebre*; y no con amor platónico, sino que ha consagrado lo mejor de su vida a la ímproba labor de la educación de la juventud gallega, dé la cual no pocos de sus discípulos son ya gloria y legítimo orgullo de esta bendita tierra. *Civitas Limicorum, Panegírico de San Rosendo, De Galicia, Cántigas de la Virgen, Historia de los Suevos, Boletín de la Comisión de Monumentos*, etcétera, etc., son el mejor testimonio de su amor a Galicia. Los gallegos debemos aprender de él, más que sus inimitables genialidades, a amar a nuestra desconocida tierra, y pagarle el amor que profesa a nuestra adorada madre con homenaje de gratitud y admiración eternas

R. BEADE
C. M.

Es justo honrar a los sabios que con los destellos de su inteligencia imprimen dirección y carácter a pueblos e individuos.

MARCIAL GINZO SOTO

Hace muchos años que le respeto y admiro, y sentí profunda satisfacción cuando, hace poco, tuve el gusto de estrechar su mano.

Desde que personalmente le conozco advertí que, además de su virtud y mucho saber, tiene D. Marcelo Macías un don natural de atraer a los que le tratan, y hacerse querer de todos.

La ciudad de Orense, al honrarle hoy, se honra a sí misma. El tributo que hoy se le rinde en esta ciudad, se lo ofrece también España entera, porque a él concurrieron muchos de los más sabios y de los más dignos de la nación.

Reciba el respetabilísimo amigo en este día mi humilde, pero cariñosísima y entusiasta felicitación.

HERMENEGILDO CALVELO

* * *

D. Marcelo Macías, además de ser un gran hombre, es, sin duda alguna, un gran maragato.

Yo puedo afirmar esta cualidad de D. Marcelo, porque es bajo la que mejor lo conozco toda vez que tengo la desgracia de no ser su discípulo, de no haberlo oído nunca en la cátedra sagrada, y de aborrecer implacablemente la arqueología.

Pero sí sé de la labor constante, fecunda, suave y silenciosa de este hombre, que se hizo sabio y se hizo célebre sin pasar por la prensa y la política, abriéndose paso con la magia de campechana dulzura.

De llegar a eso, así, solo es capaz un maragato, un gran maragato, hijo de una raza dulce y laboriosa, que se encumbra por su propio esfuerzo, sin hacer escalones de los más grandes afectos humanos, sin dejar en pos de sí los ayes de los vencidos ni las maldiciones de las víctimas, noble, sereno, immaculado...

¡Son tan pocos los que así suben y se engrandecen, que bien vale la pena de honrarlos como genios!

F. A. DE NÓVOA

Fué al atardecer de un día de Octubre.

¡Qué limpias, qué transparentes saltaban las palabras de los labios del elocuente orador! ¡Qué vehementes y encendidas eran las frases del incomparable estilista! Dijérase que Fray Luis de Granada había subido al púlpito de la vieja iglesia de Santa María, para cantar,

en párrafos soberbiamente cincelados, la inmensa figura de Santa Teresa de Jesús.

Al día siguiente, un periódico orensano recogió en sus columnas algunos fragmentos del insuperable sermón de D. Marcelo. Eran tan bellos, tan brillantes, que, al leerlos en la Coruña un antiguo discípulo suyo, sintió vibrar su pecho de entusiasmo, y en un artículo, escrito con el corazón, lanzó la idea de glorificar en vida al insigne Maestro.

Y así nació el homenaje.

Fuí yo quien recogí en unas líneas, íntimas y entrañables, la iniciativa de Antonio Valcárcel y brindé al Ateneo la realización del homenaje.

Bien merece el cultísimo director de *El Eco de Galicia* este amable recuerdo y que figure su nombre el primero entre cuantos ofrendamos hoy a D. Marcelo Macías el tributo de nuestra ferviente admiración.

JOSÉ FERNÁNDEZ GALLEGO

Orense: Imprenta y Papelería de «La Región»

PB C13-14